

INFORME SOBRE CIEGOS

INFORME SOBRE CIEGOS

AUTOR

ERNESTO SÁBATO

ADAPTACIÓN TEATRAL:

TOMÁS URTUSÁSTEGUI

1993

INFORME SOBRE CIEGOS

Personaje: Fernando Vidal olmos.

Este personaje nos debe comunicar una variedad infinita de actitudes ante la vida predominando entre ellas el miedo, la locura y la lucidez.

Al iniciarse el monólogo se verá a Fernando con la barba crecida, descuidada; tiene una larga cabellera, está descalzo, sucio, sudado, con el torso desnudo. Usará un pantalón de algodón blanco que estará muy sucio, húmedo y desgarrado. También puede usar, en lugar del vestuario anterior, una túnica muy holgada, tipo hábito, blanca, que esté húmeda, sucia y desgarrada. La tela será burda.

Escenografía

Cueva con piso y paredes húmedas, con irregularidades en su superficie. En el piso charcos de agua estancada. Puede haber rocas o formaciones rocosas. Al fondo una salida de a la cueva lejana y pequeña. No central.

Se pueden utilizar en lugar de la cueva dos o tres tubos unidos de drenaje. Toda la superficie interior estará lamosa. El piso tendrá agua sucia.

Música y sonidos:

Serán fundamentales para dar los diferentes ambientes necesarios: miedos, soledad, tensión, tortura, amores, sexo, muerte. La música de preferencia debe ser original.

Iluminación:

Igual de importante. La luz y las sombras nos darán sensaciones diversas.

Tramoya y demás elementos:

Mínima, alguna mochila de tela muy maltratada cigarros, cerillos, un cuaderno, plumas o lápices, una grabadora portátil, un pañuelo o simplemente un trapo.

INFORME SOBRE CIEGOS

Época: intemporal.

Lugar: Buenos Aires, Argentina

Acto único

Antes de abrirse el telón se escucharán sonidos molestos que no se puedan identificar pero que nos hagan pensar en ratas, en cadenas, en látigos, en corrientes de agua.

Al abrirse el telón se ve a Fernando que trata de dormir. Se mueve inquieto. De repente se incorpora muy asustado, ahoga un grito, queda tenso esperando. Tiene la boca seca; con el trapo se seca el sudor de la frente y cuello.

En la gruta o en los túneles se podrán adivinar figuras que se mueven pegadas a las paredes, como pueden ser seres humanos, reptiles, arañas. Ninguna se verá claramente. Serán como sus sombras de estos seres.

FERNANDO.- *(En voz muy baja, temeroso). ¿Quién,... Quién me tocó? (Se toca a sí mismo en el pecho. Retira la mano asqueado). Pregunto que quién fue. (Se talla con el pañuelo el pecho para borrar la sensación) Alguien puso su mano aquí... Repito mi pregunta. ¿Quién fue? (Desesperado levanta la voz hasta gritar) ¿Quién me tocó, quién? ...Hablen, griten, hagan algún ruido. (Da unos pasos tambaleante protegiéndose de un eminente peligro) ¡Por Dios, contesten! ¿Quién fue el que puso su asquerosa mano en mi pecho? ¿Quién? (Espera la respuesta un largo momento. Se derrumba en el piso, queda sentado. Se toca todo el cuerpo, respira profundamente. Inicia una oración en voz baja para terminar gritando) ¡Oh, dioses de la noche! ¡Oh, dioses de las tinieblas, del incesto y del crimen, de la melancolía y del suicidio! ¡Oh, dioses de las ratas y de las cavernas, de los murciélagos, de las cucarachas! ¡ Oh, violentos, inescrutables dioses del sueño y de la muerte! (Queda nuevamente en silencio esperando. Trata de espantar la pesadilla y la realidad de su mente. Enciende un cigarro, lo fuma nerviosamente, camina por la cueva examinándola. La toca. No puede dar crédito a lo que le sucede) ¡Sé que me van a matar! De eso estoy seguro. ¡Les pido que lo hagan en este momento!*

INFORME SOBRE CIEGOS

(Pausa larga) ¿Qué esperan?... *(Ríe)* Ya sé, están esperando que les diga dónde se encuentran las notas que he escrito sobre ustedes y quién tiene mis grabaciones. ¿No es así? *(Pausa)*. Nunca lo sabrán: ¡nunca! *(Ríe más tiempo)* Todo ese material está en buenas manos. Lo que puedo hacer en este momento es comunicarles lo que contienen esos papeles y esas grabaciones. ¿No es lo que quieren saber? Se los diré pues ya no me importa ocultarlo. En muy poco tiempo saldrán a la luz pública. *(Ríe)* Ahora sabrá el mundo lo que es un ciego. ¡Vaya sorpresa la que se va a llevar! Todos, incluyéndome a mí mismo, pensamos que son ustedes seres desvalidos a los que se debe ayudar ¡seres desvalidos! ¡Qué imbéciles somos! En este momento quisiera preguntarle a cualquiera de los que creen que ustedes son bondadosos, sufridos, llenos de amor; si los han tocado. Sí, si alguno ha tocado la piel de ustedes. Es una piel helada, húmeda, como de reptil. Una piel como la que me acaba de tocar. ¡Den la cara, no se escondan! No puedo hacerles nada. Nada, aunque quisiera. Ustedes son muchos, cientos, miles...*(Pausa)* Sí, ya estoy en esta cloaca esperando mi castigo, castigo merecido. ¡Ya lo sé! Nadie queda sin él después de descubrirlos, de mostrarlos. Ustedes viven en estos túneles, en estos sótanos, cuevas, cavernas y en todo lugar que esté de una manera o de otra vinculado a la realidad subterránea y enigmática: lagartos, serpientes, ratas, cucarachas, comadreja y...ciegos. ¡Abominables cloacas!. ¡Mundo inferior y horrendo, patria de la inmundicia! Y pensar que arriba de nosotros existen en salones brillantes, mujeres hermosas y delicadísimas, gerentes de banco correctos y ponderados, maestros de escuela diciendo que no se deben escribir malas palabras en las paredes. Allí arriba las sábanas blancas y almidonadas, los vestidos de noche con tules o gasas vaporosas, frases poéticas a la amada, discursos conmovedores sobre las virtudes patriotas; mientras que aquí abajo, en obscuro y pestilente tumulto, corren mezclados las menstruaciones de aquellas amadas románticas, los excrementos de las vaporosas jóvenes vestidas de gasa, los preservativos usados por correctos gerentes, los destrozados fetos de miles de abortos, los restos de comida de millones de casas y restaurantes. También yo estoy aquí. Pero no por mucho tiempo. Si no me matan me escaparé. ¡Soy un héroe! No rían. ¡Aunque sea un héroe al revés, un héroe negro y repugnante, pero lo soy! Una especie de Sigfrido de las tinieblas, avanzando por la oscuridad y la fetidez con mi negro pabellón restallante, agitado por los huracanes infernales. ¿Pero avanzando hacía qué? Eso es lo que no alcanzo a discernir y que aún ahora, en estos momentos que preceden a mi muerte, tampoco llego a comprender. *(Se sienta, va modificando su expresión de miedo por una sonrisa para llegar a la risa, una risa, al final, obsesiva)* Yo no

INFORME SOBRE CIEGOS

comprendo pero ustedes tampoco. Ni siquiera saben quién soy, de dónde vengo, qué hago ¿o sí lo saben? ¿Si lo saben por qué nunca dicen mi nombre? ¡Necesito que lo digan! ¡Necesito estar seguro que saben a quién van a matar! ¡Qué no vayan a matar a uno por otro! ¡ Digan mi nombre! ¡Díganlo! ¡Digan lo que sepan de mí! ¡Quiero estar seguro que no hay error posible!

Pausa Si no lo dicen lo diré yo. Mi nombre es Fernando, Fernando Vidal Olmos. Ese es mi nombre, el real. Nací el veinticuatro de junio en capitán Olmos, pueblo de la provincia de Buenos Aires que lleva el nombre de mi tatarabuelo. Lean en libretas braille mis datos para que confirmen si soy yo o no. Mido un metro setenta, peso sesenta y ocho kilos, tengo ojos gris verdosos, pelo lacio. No tengo señas particulares, ¿No se confunden con otro? Yo de niño tenía miedo de ser otro, de que me confundieran con otro...hay un sueño que se me repetía mucho en mí infancia: me veía a mí mismo como si fuera otro y ese otro lo observaba con cuidado, tratando de penetrar el sentido de sus gestos, de sus miradas, de palabras que murmuraba. Y de pronto, mirándome gravemente me decía: observa la sombra de esa pared en el suelo y si esta sombra llega a moverse no sé lo que pueda pasar. Había en sus palabras una sobria pero horrenda expectativa. Y entonces yo también empezaba a controlar la sombra con pavor. No se trataba, inútil decirlo, del trivial desplazamiento que la sombra pudiese tener por el simple movimiento del sol; era otra cosa. Y así, yo también empezaba a observar con ansiedad. Hasta que advertía que la sombra empezaba a moverse lenta pero perceptiblemente. Me despertaba sudando y gritando. El sueño me atormentó durante años, porque comprendía que, como casi todos los sueños, debía tener un sentido oculto y que, en este caso era el anuncio indudable de algo que alguna vez tenía que suceder. Cuando tenía yo veinte años y dirigía una banda de asaltantes tuve de pronto la revelación que la realidad podía empezar a deformarse. Una noche vi., con horror, que la sombra empezaba a moverse y que el viejo sueño empezaba a cumplirse en la realidad. Sentí una especie de vértigo, perdí el sentido y me hundí en un caos. Este episodio se repitió muchas veces: una cara empezaba a hincharse, de un lado se inflaba como un globo, los ojos se juntaban poco a poco, la boca se agrandaba hasta que reventaba, mientras una mueca horrible iba desfigurando el rostro. Pero lo peor no sucedía a mi alrededor sino en mi interior, porque mi propio yo empezaba de pronto a deformarse, a estirarse, a metamorfosearse. Yo me llamo Fernando Vidal Olmos, y esas tres palabras eran como un sello, como una garantía de que era algo, algo bien definido, no sólo por el color de mis ojos, por mi estatura, por mi edad, por mi día de nacimiento, sino por algo más profundo de índole espiritual, por un

INFORME SOBRE CIEGOS

conjunto de recuerdos, de sentimientos, de ideas que dentro de mí mantienen la estructura de ese algo que es Fernando Vidal y no el cartero o el carnicero. ¿Escuchan bien? ¡Soy Fernando Vidal! ¡Fernando Vidal, el autor del "Informe sobre ciegos", causa de mi condena! El informe que ustedes buscan para destruirlo pero que no conseguirán. El informe está destinado, después de mi muerte, a un instituto que crea de interés proseguir las investigaciones sobre este mundo que hasta hoy ha permanecido inexplorado. Como tal, se limita a los hechos como me han sucedido. El mérito que tiene, a mi juicio, es el de su absoluta objetividad. He tenido experiencias espantosas, pero precisamente por eso mismo deseo atenerme a los hechos, aunque estos hechos proyecten una luz desagradable sobre mi persona. No importa. Nunca he tenido amigos pero si he mantenido relaciones con mucha gente, he tenido conocidos como Celestino Iglesias, un anarquista bondadoso incapaz de matar una mosca: era pacifista, era vegetariano por la repugnancia a vivir de la muerte de un ser viviente y tenía la esperanza de que el mundo iba a ser alguna vez una cariñosa comunidad de libres y fraternales cooperadores: ese ser angelical podía, sin embargo, dedicarse a la falsificación de dinero. Para él era importante luchar contra las fuerzas oscuras, para imponer la verdad. Por lo tanto había que luchar contra las fuerzas organizadas del estado, había que denunciar la impostura clerical, había que minar al ejército y promover la educación popular. (*Pone atención a sonidos*)¿Qué murmuran? ¡Oigo que están murmurando! ... Ya sé, han de estar cuchicheando que no les interesa Celestino Iglesias, que les intereso yo. ¡Se equivocan! Celestino Iglesias me permitió entrar en contacto con ustedes. Un contacto más cercano, se entiende. El primero que tuve, que ustedes deben de conocer ya que lo saben todo, que tienen contacto con todo el mundo, ya que su red de espionaje es la mayor de la tierra, se produjo en el verano de mil novecientos cuarenta y siete, al pasar frente a la plaza mayor. Yo venía abstraído, cuando de pronto oí una campanilla como de alguien que quisiera despertar de un sueño milenario. Yo caminaba; mientras oía la campanilla intentaba pensar en los estratos más profundos de mi conciencia, la oía pero no la escuchaba, hasta que de pronto aquel sonido tenue pero penetrante y obsesivo parecía tocar alguna zona sensible de mi yo. Desperté sobresaltado como ante un peligro repentino y perverso, como si en la oscuridad hubiese tocado con mis manos la piel helada de un reptil. Delante de mí, enigmática y dura, observándome con toda su cara, vi la ciega que allí vende baratijas. Había cesado de tocar su campanilla; como sí sólo la hubiese movido para mí, para despertarme de mi insensato sueño, para advertir que mi existencia anterior había terminado como una estúpida

INFORME SOBRE CIEGOS

etapa previa y que ahora debería enfrentarme con la realidad. Inmóvil, con su rostro abstracto dirigido hacia mí, y yo paralizado como por una aparición infernal pero frígida; quedamos así durante esos instantes que no forman parte del tiempo sino que dan acceso a la eternidad. Cuando mi conciencia volvió a entrar en el torrente del tiempo salí huyendo. De ese modo empezó la etapa final de mi existencia, comprendí que a partir de aquel día no era posible dejar transcurrir un solo instante más y que debía iniciar yo mismo la exploración de aquel universo tenebroso. Me propuse estudiar a todos ustedes: (*Señala diversos lugares de la gruta*); A todos!. Quería saber su origen, su jerarquía, su manera de vivir y su condición zoológica. Cuando publiqué mi descubrimiento sobre su piel fría fui insultado por carta. Fue, sin saberlo yo, cuando empezaron a vigilarme, a perseguirme, a decidir mi destino y ahora mi muerte. ¡Digan que no es cierto! Todo esto lo intuí desde que era niño, en ese entonces imaginé ya el mundo de los ciegos. Luego, a medida que fui creciendo fue acentuándose mi prevención contra esos usurpadores, por esa condición que los emparenta con los animales de sangre fría y piel resbaladiza que habitan en cuevas, cavernas, sótanos, viejos pasadizos, caños de desagüe, alcantarillas, pozos, grietas profundas, minas abandonadas con silenciosas filtraciones de agua. Sé que los poderosos viven en enormes cuevas subterráneas, a veces a centenares de metros de profundidad. (*Pausa*). No fue fácil, necesité de todo mi valor y mi inteligencia para lograrlo. Recuerdo muy bien un catorce de julio, un día frígido y lluvioso. Vigilaba el comportamiento de un ciego que trabaja en el metro de Palermo, un hombre más bien bajo y sólido, moreno, sumamente vigoroso y mal educado. Un hombre que recorre los vagones con una violencia apenas contenida ofreciendo pasadores para el cabello, entre una compacta masa de gente aplastada. En medio de esa multitud el ciego avanza violenta y rencorosamente, con una mano extendida donde recibe los tributos que, con sagrado recelo, le ofrecen los infelices oficinistas, mientras en la otra mano guarda los pasadores simbólicos pues es imposible que nadie pueda vivir de la venta real de esos ganchos, ya que alguien puede necesitar una docena por año o hasta por mes pero nadie, ni loco ni millonario, puede comprar una docena por día. De modo que, como es lógico, y todo el mundo así lo comprende, los pasadores son meramente simbólicos, algo así como la enseña del ciego, una suerte de patente de corzo que los distingue del resto de los mortales, además de su célebre bastón blanco. Ese día me dispuse a seguir al hombre hasta su guarida. En la terminal de la plaza mayor, el ciego descendió y se encaminó a la salida que da a la calle de San Martín. Empezamos a caminar por esa calle hasta Cangallo.

INFORME SOBRE CIEGOS

En esa esquina dobló hacia abajo. Yo lo seguía a prudente distancia, teniendo en cuenta el oído que tienen y el instinto que les advierte cualquier peligro que aceche sus secretos. Las calles estaban silenciosas y vacías. Descendimos hacia Leandro Alem, y después de atravesar la avenida, a la zona del puerto. Extremé mi cautela: por momentos pensé que el ciego podía oír mis pasos y hasta mi agitada respiración. Lo que asombró y acentuó mi temor es que de pronto tomase nuevamente hacia la izquierda, hacia el Luna Park. Me atemorizó porque no era lógico, ya que, si ése hubiese oído su plan, hubiese tomado hacia la derecha. No era posible que se hubiera equivocado, así que quedaba la hipótesis, temible, de que hubiese advertido mi persecución y que estuviera intentando despistarme o peor aún que estuviera tratando de prepararme una celada. Lo seguí por muchas cuadras casi corriendo. Al llegar a una esquina doblé bruscamente hacia la derecha. ¡Qué espanto! El ciego estaba contra la pared, agitado, evidentemente a la espera. No pude evitar el llevármelo por delante. Entonces me agarró del brazo con una fuerza sobrehumana y sentí su respiración contra mi cara. La luz era muy escasa y apenas podía distinguir su expresión; pero toda su actitud, su jadeo, el brazo que me apretaba como una tenaza, su voz, todo manifestaba rencor y una despiadada indignación. ¡Me ha estado siguiendo!, exclamó en voz baja, pero como si me gritara. Asqueado sentía su aliento sobre mi rostro, olía su piel húmeda; asustado, murmuré monosílabos, negué loca y desesperadamente, le dije: “señor, usted está equivocado”. ¿Cómo pudo advertirlo, en qué momento, de qué manera? ¿O serían sus cómplices que le advirtieron? ¿Los invisibles colaboradores que la secta tiene distribuidos astutamente por todas partes y en las posiciones y oficios más insospechados: niñeras, profesores de enseñanza secundaria, señoras respetables, bibliotecarios, guardas de trenes? Todo esto lo pensé vertiginosamente mientras luchaba por desasirme de sus garras. Salí huyendo en cuanto pude y por mucho tiempo no me animé a perseguir a ningún otro y así tuve que detener mi investigación. No sólo por temor, temor intolerable, sino también por cálculo, pues imaginaba que aquel episodio nocturno podía haber desatado sobre mí la más estrecha y peligrosa vigilancia. Tendría que esperar meses y quizás años, tendría que despistar, debería hacer creer que aquello había sido una simple persecución con objeto de robo. *(Se dirige a los de la cueva) ¿ustedes sí me creyeron...o no? ¡Contesten, me van a volver loco! (Espera una respuesta, no la obtiene. Cree ver algo en un punto determinado de la gruta, cautelosamente se acerca a ese sitio, trata de agarrar algo que se le escapa) ¡Te vi, no te escondas! Yo no soy ciego como ustedes y te vi. Vi tu rostro. Tú no eres de los ciegos de nacimiento. La diferencia*

INFORME SOBRE CIEGOS

que existe entre unos y otros, entre los que nacen ciegos y los que, como tú, pierden la vista en un accidente o por una enfermedad. Gracias a uno de estos últimos, a Iglesias, pude entrar a sus reductos aunque no a los antros más secretos, donde gobiernan a la secta y por lo tanto al mundo, los grandes y desconocidos jerarcas. Apenas alcancé a tener noticias sobre aquellos monstruos y sobre los medios que se valen para dominar el universo entero. Supe que lo logran con anónimos, con intrigas, con contagio de pestes, mediante el control de los sueños y las pesadillas, el sonambulismo y las drogas. Sí, dije bien, ellos, ustedes, dominan los sueños y las pesadillas para lo cual tienen un ejército de videntes y brujas de barrio, curanderos, manos santas, adivinatoras de cartas, hipnotistas y espiritistas. La mayoría de ellos farsantes, pero alguno con verdaderos poderes. Si como dicen, Dios tiene el poder sobre el cielo, la secta tiene el dominio sobre la tierra y sobre la carne, tienen el poder de vida o muerte que ejercen mediante las pestes o las guerras, la enfermedad y la tortura, el engaño y la falsa compasión. No soy teólogo para explicar estos poderes infernales. A mí siempre me preocupó el problema del mal, cuando desde chico me ponía al lado de un hormiguero armado con un martillo y empezaba a matar bichos sin ton ni son. El pánico se apoderaba de las sobrevivientes, que corrían en cualquier sentido. Luego echaba agua con una manguera: ¡inundación! *Ríe*. Ya me imaginaba las escenas dentro, las obras de emergencia, las corridas, las órdenes y contra órdenes para salvar depósitos de alimentos, huevos, seguridad de las reinas. Finalmente, con una pala removía todo, abría grandes boquetes, buscaba las cuevas y destruía frenéticamente: catástrofe general. *(Con otro tono. Ahora intelectual)*. Después me ponía a cavilar sobre el sentido general de la existencia, y a pensar en nuestras propias inundaciones o terremotos. Así fui elaborando una serie de teorías, pues la idea de que estuviéramos gobernados por un dios omnipotente, omnisciente y bondadoso me parecía tan contradictoria que ni siquiera creía que se pudiese tomar en serio. Formulé entonces las siguientes posibilidades: 1.- Dios no existe, 2.- Dios existe y es un canalla. 3.- Dios existe, pero a veces duerme. Sus pesadillas son nuestra existencia. 4.- Dios existe pero tiene accesos de locura: esos accesos son nuestra existencia. 5.- Dios no es omnipotente, no puede estar en todas partes. A veces está ausente ¿en otros mundos? ¿en otras cosas? .6.- Dios es un pobre diablo, con un problema demasiado complicado para sus fuerzas. Lucha con la materia como un artista con su obra. Algunas veces, en el momento logra ser Goya, pero generalmente es un desastre. Y, 7.- Dios fue derrotado antes de la historia por el príncipe de las tinieblas. Y derrotado, convertido en presunto diablo, es

INFORME SOBRE CIEGOS

doblemente desprestigiado, puesto que se le atribuye este universo calamitoso. Pensé que estos pensamientos sólo eran míos, más tarde verifiqué que algunas habían constituido tenaces convicciones de los hombres, sobre todo la hipótesis del demonio triunfante. Durante más de mil años hombres intrépidos y lúcidos tuvieron que enfrentar la muerte y la tortura por haber revelado el secreto. Fueron aniquilados, dispersados, ya que, es de suponer, las fuerzas que dominan al mundo no van a detenerse en pequeñeces cuando son capaces de hacer lo que hacen en general. Y así pobres diablos o genios, fueron por igual atormentados, quemados por la inquisición, colgados, desollados vivos; pueblos enteros fueron diezmados y dispersados. Desde China hasta España, las religiones de estado limpiaron cualquier intento de revelación. De lo que estoy seguro es que el universo sigue gobernado por el príncipe de las tinieblas. Y ese gobierno se hace mediante la secta sagrada de los ciegos. (*Camina buscando, no encuentra*) De nada te sirve que te escondas, eres un ciego tardío, un advenedizo, si a mí me odian a ti te odian más. Te odian tus compañeros ciegos por simple orgullo de casta, te tienen resentimiento por tratar de acceder a ellos. Te sucede lo mismo que a esos jóvenes pobres que quieren ingresar a la alta sociedad, siempre serán despreciados aunque accedan a ella. ¿Ysabes por qué te odian? Porque al formar parte de su clan se sienten sorprendidos en sus secretos por gentes como tú que el día anterior habías sido su víctima ignorante y el objetivo de sus actos más despiadados. ¿Acaso no te asombraste de las ideas y de los sentimientos de esos seres que habías imaginado el colmo del desamparo? Eso le sucedió a Celestino Iglesias, el anarquista bonachón. Por preparar con ácidos sus tintas para la falsificación tuvo un accidente que le costó la vista. Y fui testigo del suceso. Primero lo lamenté mucho, muchísimo, después me alegré ya que por medio de él iba por fin a penetrar en el mundo de los ciegos. A partir de su ceguera casi no me despegué de él. Me convertí en su enfermero, en su lector, en su compañía. Sabía que tarde o temprano tenían que venir, que tenían que ponerse en contacto con él. Mi lema, que escribí en una pared, era "observar y esperar". Era necesario estar atento a los detalles más fútiles, vigilar a cualquier persona que se le acercara por insospechable que a primera vista pareciese, y sobre todo, en ese caso era menester interceptar cartas y llamadas telefónicas. Basta pensar en un solo detalle para tener una idea de la ansiedad que me consumía ¿otra persona de la pensión podía ser el intermediario, incluso un candoroso de la secta; y ese individuo podía ver a Iglesias en momentos en que me era imposible controlar, podía hasta esperarlo en el baño? Era necesario ser minucioso y paciente, tener coraje y guantes de seda; mi frustrada experiencia con el sujeto

INFORME SOBRE CIEGOS

que vendía pasadores para el cabello me había enseñado que nada lograría por el camino más expeditivo y rápido de un ataque frontal. Nada fue sencillo. La mentalidad de Iglesias empezó a cambiar, aunque más que mentalidad habría que decir su raza o su condición zoológica. Lenta pero inexorablemente se iba convirtiendo en murciélago o lagarto; y lo que es más atroz, sin que casi nada de su aspecto exterior revelase un cambio tan profundo. Estar solo en una habitación cerrada y a oscuras, de noche, sabiendo que en ella hay también un murciélago ¿no es siempre impresionante; sobre todo cuando se siente volar a esa especie de rata alada y, en forma ya intolerable, cuando sentimos que una de sus alas ha rozado nuestra cara con su inmundo vuelo silencioso? ¡Esta sensación es más horrenda cuando el animal tiene forma humana! Los cambios de Iglesias es posible que pasaran desapercibidos para otros, pero no para mí que vigilaba astuta y sistemáticamente. Se volvió cada día más desconfiado, dotado de ese poder de moverse en las tinieblas y de ese sentido del oído y del tacto; ni era ya un hombre capaz de ver con sus ojos corrientes. Tuve la impresión de que se sentía perdido, no lograba una exacta sensación de las distancias, cometía errores cinestésicos, tropezaba, se llevaba torpemente un vaso por delante con sus manos que tanteaban. Se irritaba, aunque trataba de disculparlo por orgullo. Yo le decía que no tenía importancia, con lo que lograba irritarlo. (*Ríe bajo*). De pronto me quedaba yo callado y dejaba, por decirlo así, un silencio total a su alrededor que es como para nosotros un abismo tenebroso que nos separa del resto del universo. No sabe a que atenerse, todos sus vínculos con el mundo exterior han sido abolidos en esas tinieblas de los ciegos que es el silencio total. Tienen que estar atentos al más mínimo rumor, el peligro los acecha por todos los costados en esos momentos son impotentes. El simple tic tac de un reloj puede ser como una lucecita en lontananza. Entonces yo daba un pequeño golpe con un dedo como al descuido, sobre la mesa, y notaba como instantáneamente, con neurótica ansiedad, Iglesias dirigía toda su vida en esa dirección. En medio de su soledad tal vez se preguntaba ¿qué se propone Vidal? ¿Dónde está? ¿Por qué ha permanecido en silencio? (*Ríe bajo*) Tenía, en efecto, una gran desconfianza hacía mí. Un día al acercarme a la pieza de la pensión donde estaba viviendo sentí una ambigua sensación de malestar, una incierta aprensión que fue aumentando a la medida que me acercaba a su cuarto. Supe que ese día había ingresado Iglesias al nuevo reino. Ya estaba frente al murciélago o al reptil. Abrí la puerta y en medio de la oscuridad sentí la respiración del nuevo monstruo. (*Camina desesperado por la gruta*). ¡Monstruo cómo eres tú, cómo son todos ustedes! (*Golpea las paredes*); Juro que acabaré con

INFORME SOBRE CIEGOS

todos, con todos! (*Golpea hasta quedar agotado, se tira al suelo, se acurruca en sí mismo, gime. Pausa larga. Se recupera poco a poco*) Hasta ahora sé que ustedes conocían mis intenciones y por eso no se ponían en contacto con Iglesias. Yo tuve que darle dinero a la señora Echepareborda, la dueña de la pensión, para que lo vigilara y me diera informes, y para no ser sospechoso de estar todo el día junto al nuevo ciego ocupé permanentemente una mesa en la cafetería situada frente a su casa. Ahí pasé cinco días desesperantes. ¿Qué podía hacer sino cavilar, conversar con el mesero y hojear diarios y revistas? Aproveché para leer dos cosas que siempre me fascinan: los avisos oportunos y la sección policíaca. Es lo único que leo desde los veinte años, lo único que nos ilustra sobre la naturaleza humana y sobre los grandes problemas metafísicos. Uno lee: “súbitamente enloquecido mata a su mujer y a sus cuatro hijos con un hacha”. Nada sabemos de ese hombre, fuera que se llama Domingo Salerno, que era laborioso y honesto, que tenía un puesto en el mercado y que adoraba a su mujer y a sus hijitos. Y de pronto los mata a hachazos. ¡Profundo misterio! Además, qué sensación de verdad se siente leyendo la sección policíaca después de leer las declaraciones de los políticos. Todos estos parecen disfrazados y ser falsificadores. (*Pequeña pausa*). Los anuncios comerciales me excitan: ¡los triunfadores del mañana estudian en las academias Pitman!. Dos jóvenes rutilantes, un muchacho y una muchacha tomados del brazo, sonrientes y gloriosos, marchan hacia el porvenir. Un anuncio de la Palmolive nos dice: “por un descuido lamentable puede perder el trabajo”. Al fondo de una gran sala llena de escritorios y empleados, entre los cuales es fácil de percibir a Pedro Barbudo, un jefe lo está mirando desde lejos, con expresión de repulsión y fastidio. Cremas desodorantes: noviazgos, posiciones en estupendas empresas, invitaciones a fiestas, perdidas tontamente por no haber usado “Odorono”. Anuncios con señores de rostros deportivos muy bien peinados y muy sonrientes, pero a la vez enérgicos y positivos, con grandes y cuadradas mandíbulas como superman, que golpeando con un puño sobre el escritorio, entre varios teléfonos, y avanzando el torso hacia el invisible y vacilante interlocutor, exclaman : “el éxito está al alcance de tus manos”. Pero nada como leer el Selecciones del Riderst Digest para promover el optimismo y los buenos sentimientos. Un artículo del señor Frank I. Andrews, titulado: “cuando se reúnen los hoteleros”comenzaba así: “conocer a los distintos hoteleros que llegaron a los Estados Unidos en representación de sus colegas de los países hispanoamericanos fue para mí uno de los momentos más conmovedores de mi vida” y luego cientos de artículos destinados a levantar el ánimo de los pobres leprosos, cojos, edípicos,

INFORME SOBRE CIEGOS

sordos, ciegos, sordomudos, epilépticos, tuberculosos, enfermos de cáncer, tullidos, macrocefálicos, microcefálicos, artríticos, hijos o nietos de locos furiosos, personas con pies planos, asmáticos, postergados, individuos con mal aliento, infelices en su matrimonio, reumáticos, pintores que han perdido la vista, escultores que han sufrido amputación de las dos manos, músicos que han quedado sordos. ¡Pensad en beethoveen! Atletas que a causa de la guerra quedaron paralíticos, mujeres feísimas, chicos con labio leporino, personas altísimas, hombres que pesan más de doscientos kilos, enanos, mujeres que nunca tienen orgasmo, hombres impotentes. Títulos: “del primer empleo me echaron a puntapiés”, “nuestro romance empezó en el leproario”, “vivo feliz con mí cáncer”, “perdí la vista pero gané una fortuna”. “dejé de preocuparme por mi impotencia”, “cinco formas para dejar de fumar”, “fundé una comuna de minusválidos”, “prolongué doce años la vida de mi marido”. *Sonríe, pausa* También me salvó de la monotonía una mujer llamada Inés Iturrat, enorme y fortísima, con visibles bigotes, de pelo canoso. Vino con Norma, una de mis confidentes. La llevó para vengarse de las supuestas manifestaciones de superioridad masculina que yo le había dado. Ahora su amiga me iba a hacer polvo. Inés fue mi profesora de historia, me dijo Norma. Somos un grupo de chicas muy unidas y ella es nuestra mentora. Excelente, dije. Comentamos libros, vamos a exposiciones y conferencias dijo. Magnífico, dije. Para esto su irritación iba en aumento. Casi indignada agregó: ahora estamos haciendo visitas comentadas a las galerías con el profesor Romero Brest. Qué buena idea, dije con urbanidad. Ella gritando agregó ¿tú crees que las mujeres deben ocuparse de limpiar pisos, fregar platos y de cuidar el hogar? No contesté por observar el departamento de Iglesias, parecía que alguien iba a subir. Claro, exclamó Inés, ni siquiera oyes. Hasta ese punto te interesan mis opiniones. Me interesen mucho, dije. ¡Farsante! Mil veces has dicho que las mujeres son distintas a los hombres, me gritó. Mayor razón para que me interesen sus opiniones. A uno siempre .le interesa lo que es distinto o desconocido, le repliqué. Ah, de modo que admites que para ti una mujer es algo completamente distinto a un hombre, volvió a gritar. No hay que exaltarse por un hecho tan evidente, dije sonriendo. ¿ Le parece? Me preguntó hablándome de usted. ¿Me parece qué? Pregunté con ingenuidad. Eso, que sea evidente, subrayó, la diferencia entre un hombre y una mujer. Todo el mundo está de acuerdo que entre un hombre y una mujer hay algunas apreciables diferencias, le expliqué con calma. No me refiero a eso, replicó con helada furia, y usted lo sabe muy bien. ¿A eso? ¿Qué es eso?, pregunté de nuevo con ingenuidad. Al sexo, a lo que usted bien sabe, agregó cortante. ¿Le

INFORME SOBRE CIEGOS

parece poco? Volví a preguntar. No es lo más importante, afirmó. Me estoy refiriendo a lo otro, a los valores espirituales. Y las diferencias que ustedes establecen entre la actividad de un hombre y de una mujer son típicas de una sociedad atrasada, me refutó. Ah, ya comprendo, comenté, para usted la diferencia entre el útero y el falo es un resabio de tiempos oscuros que va a desaparecer junto con la luz eléctrica y el analfabetismo. Molesta sacó a relucir a Madame Curie, ¡cuándo no! ¿Y la filosofía?, preguntó, cuando vio que no me inmutaba su relación de la mujer con la ciencia. ¿Y la filosofía?, repitió, usted prohibiría, seguramente, que las muchachas ingresen a la facultad de filosofía y letras. Yo negué: no, ¿por qué? No hacen mal a nadie, además ahí encuentran novio y se casan. Molesta repitió su pregunta ¿y la filosofía? Le digo que por mí que estudien, si quieren. Mal no les va a hacer, tampoco bien, es cierto. No les hace nada. Además no hay ningún peligro de que se conviertan en filósofos. Con gente como usted el mundo nunca habría ido adelante, me dijo casi escupiendo las palabras. Yo, a mi vez, pregunté ¿y de dónde saca usted que ha ido adelante? Sí, ya sé. Landrú viajando en ferrocarril es superior a Diógenes caminando a pie. Un jefe de la gestapo es superior a un jefe de galeras. Es mejor matar a los bichos humanos con bombas de napal que con arcos y flechas; la bomba atómica es más benéfica que la batalla de Poitier .es más progresista torturar con picana eléctrica que con ratas. Estoy segura, dijo, que usted es partidario del analfabetismo, para usted no deberían existir escuelas. Molesto contesté que Alemania nazi era uno de los pueblos más alfabetizados del mundo. Si la gente no supiera leer, al menos no podría ser idiotizada día a día por los diarios y revistas, desgraciadamente, aunque fuesen analfabetos todavía quedarían otras maravillas del progreso: el radio y la televisión. Habría que extirpar los tímpanos a los chicos y sacarles los ojos. A pesar de los sofismas, aseguró, siempre la luz prevalecerá sobre la oscuridad, y el bien sobre el mal. El mal es ignorancia. No pude más que reír. Hasta ahora, señorita, dije, el mal siempre ha prevalecido sobre el bien. Es la tranquila comprobación de la historia. Abra cualquier página de un libro y no encontrará más que guerras, degüellos, conspiraciones, torturas, golpes de estado, latrocinios e inquisiciones. Además, si prevalece siempre el bien ¿por qué hay que predicarlo? Si por su naturaleza el hombre no estuviera inclinado a hacer el mal ¿por qué se lo proscribiera, se lo estigmatiza? Piense esto, le dije, las religiones más altas predicaban el bien. Más todavía, dictan mandamientos, que exigen no fornicar, no matar, no robar. Y el poder del mal es tan grande y retorcido que se utiliza hasta para recomendar el bien; si no hacemos tal cosa y tal otra nos amenazan con el infierno, con el castigo. Entonces, gritó la

INFORME SOBRE CIEGOS

señorita Iturrat, según usted hay que predicar el mal. Yo no he dicho eso, señorita, tuve que aclararle, lo que pasa es que usted se ha excitado mucho y ya no me escucha. El mal no hay que predicarlo, viene solo. La señorita ya no me hablaba, le bastaba con enviarme miradas fulminantes. No se exalte, le pedí, no olvide que usted sostiene la superioridad del bien y veo que con gusto me cortaría en pedazos. Quería decirle, sencillamente, que no hay tal progreso del espíritu y hasta habría que examinar el famoso progreso material. No creo, por ejemplo, que un pobre diablo que trabaja ocho horas diarias en una fundición bajo control electrónico, sea más feliz que un pastor griego. En Estados Unidos, paraíso de la mecanización, los dos tercios de la población son neuróticos. Ahora ella sonrió, irónica me preguntó que si viajaría mejor en diligencia que en avión o en tren. Le contesté que por supuesto, el viaje en coche era más hermoso y más tranquilo. Y mejor todavía cuando se andaba a caballo: se tomaba aire y sol, se contempla apaciblemente el paisaje. Los apóstoles de la máquina nos dicen que cada día el hombre va a tener más tiempo para el ocio. La verdad es que tiene cada día menos tiempo, cada día anda más enloquecido. Antes, hasta la guerra era linda, era divertida y viril, era vistosa con aquellos uniformes de colores. La señorita Iturrat se levantó y antes de irse dijo: ¡eres un cretino y un cínico! Se fue y así pude vigilar con tranquilidad el edificio de Iglesias. *(Pausa)* Fue mucho tiempo después cuando supe que esta mujer tenía todas las características de ser una socia de la biblioteca para ciegos. *(Se levanta, saca la grabadora. La revisa. Habla hacia las paredes)* Sí, voy a grabar, voy a decir cosas que no anoté en mí informe para ciegos. Pero no voy a hablar de ustedes, eso ya está todo dicho, voy a decir cosas mías para que entiendan mis trabajos, mis motivaciones. Por supuesto que sé que ustedes pueden destruir la cinta. No importa, lo hago esperando la muerte que no ha de tardar. *(Graba)* Soy un investigador del mal. Del mal con mayúscula. ¿Cómo podría investigar el mal sin hundirme hasta el cuello en la basura? Podrán decir que al parecer yo he encontrado un vivo placer en hacerlo en lugar de la indignación y del asco que debería sentir un auténtico investigador que se ve forzado a llevarlo a cabo por desagradable obligación. Yo nunca he dicho que sea un buen sujeto, he dicho que soy un investigador del mal, lo que es muy distinto. Reconozco, además, que soy un canalla. Un canalla insigne, eso sí. Y orgulloso de no pertenecer a esa clase de fariseos que son tan ruines como yo pero que pretenden ser honorables individuos, pilares de la sociedad, caballerosos señores, eminentes ciudadanos, a cuyos entierros va una enorme cantidad de gente y cuyas crónicas aparecen luego en los diarios serios. No, si yo salgo alguna vez en esos periódicos, será

INFORME SOBRE CIEGOS

sin duda, en la sección policíaca. Eso no me avergüenza. Detesto esa universal comedia de los sentimientos honorables. Sistema de convenciones que se manifiesta, cuándo no, en el lenguaje supremo falsificador de la verdad con v mayúscula. Convenciones que al sustantivo “viejito” inevitablemente anteponen el adjetivo “pobre”; como si todos no supiéramos que un sinvergüenza que envejece no por eso deja de ser sinvergüenza, sino que, por el contrario agudiza sus malos sentimientos con el egoísmo y el rencor que adquiere o incrementa con las canas. Habría que hacer un monstruoso auto de fe con todas esas palabras apócrifas, elaboradas por la sensiblería popular, consagradas por los hipócritas que manejan la sociedad y defendidas por la escuela y la policía. “venerables ancianos”, la mayor parte sólo merecen que se les escupa. “distinguidas matronas”, casi en su totalidad movidas por la vanidad y el egoísmo mas crudo. Y esto para no hablar de los “pobres cieguitos”. Debo decir que si estos pobres cieguitos me temen es justamente porque soy un canalla, porque saben que soy uno de ellos, un sujeto despiadado que no se va a dejar correr con estupideces y con lugares comunes. *(Pequeña pausa)* Si se hicieran alinear a todos los canallas que hay en el planeta ¡qué formidable ejército se vería y qué muestrario tan inesperado! Desde niñitos de blanco delantal, “la pura inocencia”, hasta correctos funcionarios municipales que, sin embargo, se llevan papel y lápices a la casa. Ministros, gobernadores, médicos o abogados en su casi totalidad, los ya mencionados pobres viejitos, las también mencionadas matronas que ahora dirigen sociedades de ayuda al leproso o al cardiaco, después de haber golpeado sus buenas carreras en camas ajenas y de haber contribuido precisamente al incremento de las enfermedades del corazón, gerentes de grandes empresas, jovencitas de apariencia frágil y ojos de gacela, pero capaces de desplumar a cualquier tonto que crea en el romanticismo femenino o en la debilidad y desamparo de su sexo; inspectores municipales, funcionarios, embajadores condecorados, etcétera, etcétera.. ¡Canallas. Marchen! ¡uno, dos; uno, dos...! ¡Qué ejército, mi dios! ¡ Avancen, hijos de puta! ¡Nada de pararse, ni de ponerse a lloriquear, ahora que les espera lo que les tengo preparado! ¡Uno, dos; uno, dos. Marchen! Cada uno de los soldados al llegar al establo será alimentado con sus propias canalladas, convertidas en excremento real, sin ninguna clase de consideración ni acomodos. Nada de que al hijito del señor ministro se le permita comer pan duro en lugar de su correspondiente caca. No, señor, o se hacen las cosas como es debido o no vale la pena que se haga nada. Que coma su mierda. Y es más, que coma toda su mierda. Bueno fuera que admitiéramos que como una cantidad simbólica. Nada de símbolos: cada uno ha de comer su

INFORME SOBRE CIEGOS

exacta y total canallada. Y que conste que mi posición no sólo es inexpugnable sino desinteresada ya que, como lo he reconocido, en mi condición de perfecto canalla, integraré las filas del ejército cacófago. (*Apaga su grabadora, piensa un momento, regresa la cinta para oír su monólogo, se escuchan las primeras palabras, después ruidos; adelanta la cinta, continuarán los ruidos. Sacude el aparato*). ¡Putra madre! (*Guarda furioso el aparato en la bolsa. Escucha a las paredes*) ¿Se ríen de mí, se ríen? No importa que no se haya grabado nada, que el mundo sepa o no de mí no va a cambiar nada, lo importante es que conozca su secta,. Y esa información es la que aparece en mi escrito, así que pueden seguir riendo. ¿ Por no se rieron cuando al fin pude conocer la verdad por medio de Iglesias? Porque no los convenía, ¿verdad? Yo mismo pensé que nunca lo iba a lograr. Iglesias se fue volviendo cada día más silencioso y resultaba casi visible el aumento de su desconfianza y la aparición de ese rencor helado que caracteriza a los miembros de la casta. También vigilaba los síntomas puramente físicos, y al darle la mano verificaba si ya su piel había comenzado a segregar ese casi imperceptible sudor frío que es uno de los atributos que revelan su parentesco con los sapos y, en general, con los saurios y animales semejantes. Entraba a su cuarto después de golpear en su puerta y de oír su “entre”. Prendiendo la luz. Iglesias, sentado en un rincón, al lado del radio, cada día más serio y concentrado, me miraba, tal como hacen los ciegos, con expresión vacía y abstracta, rasgo que, según mi experiencia, es el primero que adquieren en su lenta metamorfosis. Los anteojos negros, que estaban únicamente destinados a ocultar sus cuencas quemadas, hacían más impresionante su expresión. Bien sabía yo que detrás de esos cristales negros no había nada, pero precisamente era ese nada lo que en definitiva más me imponía. Y sentía que otros ojos, ojos colocados detrás de su frente, ojos invisibles pero crecientemente implacables y astutos, quedaban fijos sobre mi persona, escrutándome hasta el fondo. Esta sensación de unos nuevos ojos clavados en mí despertaron, por no sé que reflejo, unas ganas inmensas de ir al baño. Fui al de la cafetería. Es curioso que en este país el único lugar donde se habla de damas y caballeros sea el lugar donde invariablemente dejan de serlo. Mientras me acomodaba en el infecto cuartucho, confirmando mi vieja teoría de que el cuarto de baño es el único sitio filosófico que va quedando en estado puro, empecé a descifrar las enmarañadas inscripciones. Sobre el inevitable y básico “viva Perón” alguien había tachado violentamente la palabra “viva” y la había reemplazado por “muera”, palabra que a su turno había sido tachada y reemplazada por un nuevo “viva”, nieto del primigenio, y así alternativamente, en forma de

INFORME SOBRE CIEGOS

pagoda, o más bien de un tembleque edificio en construcción. A la izquierda y derecha, arriba y abajo, con flechas indicadoras y signos de admiración o dibujos alusivos, aquella expresión original aparecía adornada, enriquecida y comentada por una raza de violentos y pornográficos intérpretes, con comentarios diversos sobre la madre de Perón, sobre las características anatómicas de Eva Duarte; sobre lo que haría el comentarista desconocido y defecante si tuviera la dicha de encontrarse con ella en la cama, en un sillón o hasta en el propio baño. Frases y expresiones de deseos que a su vez eran tachados parcial o totalmente, obliterados, tergiversados o enriquecidos por la intervención de un adverbio perverso celebratorio, incrementados o atenuados por la intervención de un adjetivo; con lápices y plumas de diversos colores; con dibujos ilustrativos que parecían haber sido ejecutados por un profesor de anatomía, borracho y baboso. Y en diferentes lugares libres con diversos tipos de letra, ansioso o lánguido, esperanzado o cínico, caligráfico o grotesco, pedidos y ofrecimientos de teléfonos para hombres que tuvieran tales o cuales atributos, que estuvieran dispuestos a realizar tales o cuales combinaciones o hazañas, artificios o fantasías, atrocidades masoquistas o sádicas. Y en medio de aquel caos, con flechas indicadoras, la respuesta anhelante y esperanzada de alguien que indicaba cómo y cuándo esperaría al príncipe cacográfico y anal, a veces con una acotación tierna y al parecer inadecuada para aquel noticioso de excusado: “estaré con una flor en la mano”. Mi último pensamiento antes de limpiarme fue: “el amor y los excrementos”. (*Ríe un buen rato, una risa fresca al principio, forzada al final*) ¿A qué horas me van a sacar de aquí? No me gustan los lugares cerrados. Van a lograr volverme loco antes de morir. Yo no quiero que me maten como hicieron con Juan y su mujer. Ustedes los mataron porque conocían su secreto. Yo lo sé. Los encerraron en un elevador cuando todos los demás habitantes del edificio se iban de vacaciones. Ellos también. Ustedes les cortaron la electricidad a mitad del piso. De nada le valió ser portero. Es fácil imaginar la escena. Primero, una pequeña sorpresa de Juan al ver que el ascensor se detenía. Aprieta el botón una y varias veces, abre y cierra la puerta de fuelle. Luego grita para abajo, para que alguien cierre alguna puerta abierta y pueda funcionar. Nadie le responde. Grita más fuerte y nadie contesta. Grita varias veces más, con mayor energía y finalmente, con miedo; pasa un rato, se mira con su mujer, se preguntan qué pasa. Luego vuelve a gritar, y también ella. Esperan un tiempo, después de consultarse. “alguien va a regresar cuando vean que no vamos”. “a la mejor fueron al baño”. Pasan quince minutos y vuelven a gritar. Nada. Gritan durante cinco o diez minutos: nada. Esperan ahora con mayor

INFORME SOBRE CIEGOS

inquietud, durante otro lapso, mientras se miran con ansiedad y miedo crecientes. Ninguno de ellos quiere decir algo desesperante, pero ya comienzan a pensar que tal vez se han ido todos. Entonces empiezan a gritar, uno, otro, y los dos juntos: primero con enorme fuerza, luego dando alaridos de terror, después emitiendo aullidos de animales enloquecidos y acorralados por las fieras. (*Hace estos ruidos. Estos aullidos*) Estos aullidos se prolongan durante horas, hasta que poco a poco empiezan a debilitarse: están roncos, están agotados por el esfuerzo físico y por el horror. Ahora emiten gemidos cada vez más débiles, lloran y golpean con debilidad creciente el bloque macizo del entresuelo. Sigue un rato largo de estupor en que ambos, en la oscuridad han quedado callados y atontados. Luego pueden hablar ellos, cambiar ideas y hasta pequeñas esperanzas: sí, volverán, han de haber ido a la esquina a tomar una copa, la luz va a volver. Ya se imaginaban a Luis que llama al ascensor y se encuentra con ellos, que lo reciben llorando y le dicen: “Si supieras Luis, qué susto pasamos” y luego los tres, comentando la pesadilla, salen y ríen por cualquier zoncera que sucede en la calle, tanta es su felicidad. Pero Luis no vuelve, ni ha ido al bar de la esquina, ni se ha demorado en el baño: lo cierto es que pasan horas y nada sucede en aquella silenciosa mansión abandonada. Mientras tanto han recuperado cierta energía y empiezan los gritos, luego nuevamente los alaridos, seguidos por los aullidos para terminar como es de presumir, en gemidos cada vez más insignificantes. Es probable que para entonces estén caídos en el piso del ascensor y que mediten en la imposibilidad de que semejante horror pueda suceder, eso es muy típico de los seres humanos, cuando pasa algo espantoso se dicen “esto no puede ser, no puede ser” pero está siendo y el horror empieza de nuevo a devorarlos. Es probable que entonces comience una nueva tanda de gritos y aullidos. Pero ¿para qué pueden servir? Esto, claro, no puede seguir, llega un momento en que ya se abandona toda esperanza y entonces, aunque esto parezca grotesco, se piensa en comer. ¿Comer para qué? ¿Para prolongar el suplicio? En aquel cuchitril, en las tinieblas, tirados en el suelo ambos piensan en la misma y horrible cosa. ¿Qué comerán cuando el hambre sea insufrible? El tiempo pasa y también piensan en la muerte, que en pocos días tendrá que llegarles. ¿Cómo será? ¿Cómo es la muerte por hambre? Piensan en cosas pasadas, vienen a la memoria recuerdos de tiempos felices. A ella ahora le parece hermoso aquel tiempo en que caminaba en el parque del retiro, había sol, los muchachos marineros o conscriptos eran buenos y tiernos; en fin, esas cosas de la vida, que siempre parecen tan maravillosas en el momento de morir aunque hayan sido perdidas. ¿Pero para qué seguir con una descripción tan minuciosa? Cualquiera puede imaginar lo siguiente:

INFORME SOBRE CIEGOS

hambre creciente, sospechas mutuas, peleas recriminatorias por cosas pasadas. Después de un día o dos de hambre se piensa que puede comerse una parte del cuerpo de la pareja aún sin matarla, podía arrancarle aunque sea un par de dedos o comerle una oreja. No debe olvidarse que estos dos seres humanos deben hacer allí sus necesidades, de modo que la escena es hace cada vez sucia, más sórdida y abominable. Pero así y todo, hay sed. La sed puede apagarse con orines que se recogerán en la mano para luego beberlos. Pero ¿y el hambre? Está comprobado que nadie come sus propios miembros si está cerca de otro ser humano. En fin, es seguro que en cuatro días, quizás menos, de encierro hediondo y salvaje con rencores mutuos y crecientes el más fuerte coma al más débil. En este caso Juan come a la mujer, quizá primero en forma parcial, empezando por los dedos, después de darle un golpe en la cabeza o de golpeársela contra las paredes del elevador, hasta que la come íntegra. Dos detalles confirman mi reconstrucción: la ropa de ella, arrancada a jirones, aparecía en el suelo, entre la inmundicia; muchos de sus huesos también, como si hubieran sido arrojados uno después de otro por el portero caníbal. Mientras que el cuerpo podrido y parcialmente esquelético de él estaba a un costado, pero íntegro. *(Ríe)* Sólo que a mí no habrá quien me devore ¿acaso ustedes lo harán? *(Suplicante)* !Les suplico que terminen con este tormento. Ya mátenme! Estoy agotado, sin fuerzas. *(Se sienta. Ve fijamente algún sitio, cabecea, queda dormido. Se escuchan sonidos como de alas. Después de un largo momento despierta aterrado, trata de espantar a una supuesta ave con los brazos)* ¡Fuera, fuera! *(Aterrado espera, al fin se da cuenta de que fue un sueño)* ¡Malditos ciegos, ni en mis sueños puedo liberarme de ustedes! Ahora mismo estaba yo sobre una barca que se deslizaba sobre un inmenso lago de aguas quietas, negras e insondables. El silencio era abrumador e inquietante, porque sospechaba que en aquella penumbra no estaba solo sino que era vigilado y contemplado por seres que no podía divisar. Cómo me sucede ahora mismo. ¿Qué querían de mí, y sobre todo, qué me esperaba en aquella desolada extensión de aguas estancadas y lúgubres? Pájaros a quienes yo había arrancado los ojos en aquellos años sangrientos de mi infancia parecían volar en las alturas, planeando sobre mí como si vigilaran mi viaje. Me parecía oír el batir pesado de sus grandes alas, como si aquellos pájaros de mi niñez se hubiesen convertido ahora en enormes pterodáctilos o en murciélagos gigantescos. Arriba y a mis espaldas, es decir, a lo que sería el este, de aquel inmenso piélago negro, presentía a un anciano que lleno de resentimiento, también vigilaba mi marcha: tenía un solo y enorme ojo en la frente, como un cíclope, y sus dimensiones eran tales que su cabeza estaba

INFORME SOBRE CIEGOS

más o menos en el cenit mientras su cuerpo descendía hasta el horizonte. Su presencia, que yo sentía en forma intolerable, me impedía volverme hacia atrás y mantenía no sólo mi cuerpo sino hasta mi cara en la dirección opuesta. Abandoné los remos cuando sentí que mi barca tocaba fondo y me precipité, hacia la proa. Me lance fuera de la barca, y, con el agua fangosa llegándome a las rodillas, marché hacia la costa. Divisé a lo lejos una gruta y hacia ella me encaminé. El viejo me vigilaba con su único ojo, abierto sin descanso, fulgurante de odio. Sobre mí sentía el vuelo pesado de los pterodáctilos, que planeaban y a veces hasta me rozaban con sus alas. Mi temor, provenía no sólo de su contacto gelatinoso y frío sino de la posibilidad de que con sus picos dentados finalmente se precipiten sobre mí y me arrancasen los ojos. Mis oídos me revelaban que los pájaros, con picos enormes y filosos, empezaban a planear cada vez más cerca de mí cabeza; percibía el aleteo pesado de sus alas, alas que debían de tener un par de metros, y sentía una y otra vez su leve pero asqueante contacto fugacísimo sobre mis mejillas y sobre mi pelo. Faltaba poco, muy poco, para llegar a la gruta. Mi cuerpo estaba cubierto de cieno pegajoso, me arrastraba sobre mis cuatro extremidades. Mis manos tocaban y apartaban con repugnancia culebras que en grandes cantidades se agitaban en el dilatado pantano. Mi cansancio pudo por fin más que mi desesperación y caí. Hundido en el barro, con el corazón latiendo agitadamente en medio de aquella inmundicia que me envolvía, con mis ojos hacia delante y arriba, vi como los grandes pájaros planeaban lentamente sobre mi cabeza. Advertí a uno de ellos que bajaba desde atrás, lo vi recortarse, gigantesco y cercano, sobre el ocaso volviendo luego hacia mí, y posarse con un hueco chasquido sobre el barro, frente mismo a mi cabeza. El pico era filoso como un estilete, su expresión tenía esa mirada abstracta que tienen los ciegos, porque no tenía ojos: podía yo distinguir sus cuencas vacías. Parecía una antigua divinidad en el momento que precede al sacrificio. Sentí que aquel pico entraba en mi ojo izquierdo, y por un instante percibí la resistencia elástica de mi pupila, y luego como el pico entraba áspera y dolorosamente, mientras, sentía como empezaba a bajar el líquido por mi mejilla. Y mientras sentía que el agua de mi ojo y la sangre bajaban por mi mejilla izquierda, pensaba: "ahora tendré que soportar el otro ojo". Con calma, creo que sin odio, lo que recuerdo me asombró, el gran pájaro terminó su trabajo con el ojo izquierdo, y luego, retrocediendo un poco, su pico repitió la misma operación en el ojo derecho. *(Trata nuevamente de espantar a los pájaros con un brazo mientras que con la otra mano se protege los ojos)*. ¡Fuera, les digo que fuera! *(Cae al piso, llora. Queda un momento espantado. Nuevamente se enfrenta a los ciegos*

INFORME SOBRE CIEGOS

de la cueva donde está) ¿Qué más quieren que les diga? ¡Ya lo saben todo! (*Escucha*) ¿Qué cuchichean? Ya sé, quieren que les relate de nueva cuenta lo de la ciega de París. Eso ya está escrito en el informe, informe que deseo tenga ese género de descripciones la misma relación que una geografía sociológica del África central con la descripción de un acto de canibalismo. Sólo diré que en el caso de vivir cinco mil años, me sería imposible olvidar aquellas siestas de verano; con aquella hembra anónima, múltiple como un pulpo, lenta y minuciosa como una babosa, flexible y perversa como una gran víbora, eléctrica y delirante como una gata nocturna. Mientras su marido en su silla de paralítico, impotente y patético, agitaba aquellos dos dedos de su mano derecha y con su lengua de trapo farfullaba vaya a saber qué blasfemias, qué turbias e inútiles amenazas. Hasta que aquel vampiro, después de chupar toda mi sangre, me abandonaba convertido en un molusco asqueroso y amorfo. Primero pensé que aquél hombre no era su marido, supe que sí y que el encono de la mujer era tan profundo como verdaderamente lo manifestaba aquella perversa idea de cohabitar en su presencia. Supe que él había perdido la vista de grande, mientras que Louise, que así se llamaba, era ciega de nacimiento. Se conocieron en la biblioteca para ciegos, se enamoraron, se fueron a vivir juntos: luego empezó una serie de discusiones por los celos de él que culminaron en insultos y peleas. Eran tan grandes los celos de él que un día decidió vengarse atando a la ciega a la cama, trayendo una mujer y haciendo el amor en su presencia. Louise, en medio del tormento, juró vengarse y unos días después, en el momento en que salían juntos de la pieza, al enfrentar la escalera ella lo empujó. Gastón, es el nombre de él, cayó a tumbos hasta el piso inferior, y como consecuencia de aquella caída quedó paralítico. Cuando se recuperó, lo único que conservaba intacto era su extraordinario sentido del oído. Incomunicado hacia fuera, no pudiendo hablar ni escribir, nadie jamás pudo enterarse de la verdad y todos creyeron a Louise la versión de la caída, tan posible en un ciego. Devorado por la impotencia de transmitir la verdad y por la tortura de aquellas escenas que Louise ejecutaba como venganza, Gastón parecía emparedado dentro de un caparazón rígido, mientras un ejército de hormigas carniceras devoraban sus carnes vivas cada vez que la ciega aullaba en la cama con sus amantes. Confirmada la autenticidad del odio, quise averiguar algo más sobre Gastón, pues una noche, mientras meditaba sobre los hechos del día, me asaltó de pronto una sospecha: ¿y si aquél hombre, antes de enceguecer, había sido uno de los individuos que desde hace miles de años, anónimos y audaces, lúcidos e implacables, intentan penetrar en el Mundo prohibido? ¿No era posible que enceguecido por la secta, como

INFORME SOBRE CIEGOS

primer paso del castigo, fuera entregado luego a la atroz y perpetua venganza de aquella ciega, luego de haberlo hecho enamorar? (*Habla a las paredes.*) Sé que ustedes son capaces de eso y de más. No está tan desencaminado mi sueño donde ustedes me sacan los ojos por medio de las aves. Me imagino, por un instante, emparedado vivo en aquel caparazón, mi inteligencia intacta, mis deseos exacerbados, mis oídos refinadísimos, oyendo a la mujer que en un tiempo me enloqueció, gemir y aullar con sus sucesivos amantes. ¡Sólo ustedes pueden inventar una tortura semejante! (*Saca su libreta y un lápiz para anotar.*) Todo lo escribí en mi informe, el mundo muy pronto lo conocerá, sólo me falta anotar el largo recorrido que tuve que realizar para llegar a este lugar. Lo anotaré con la esperanza de que ustedes lo hagan leer a una persona no ciega y ella lo comunique a los seres libres. Ya sé que es una tontería mía. ¿Pero qué otra cosa puedo hacer mientras llega mi muerte? (*Anota*) Entré a la casa donde llevaron a Iglesias, en la madrugada. Estaba vacía. Busqué en los rincones, por las paredes, en los baños. Sabía que debía existir un pasadizo. Al fin lo encontré. Todo era oscuridad. Tropezando en aquella penumbra, busqué una salida cualquiera. Abrí una puerta y me encontré en otra habitación más oscura que la anterior, donde me llevé por delante, en mi desesperación, mesas y sillas. (*No puede seguir escribiendo. Trata de mojar con su saliva la punta del lápiz, éste no sirve. Lo arroja igual que a la libreta lejos de él.*) ¡Nada sirve, como yo mismo dejaré de servir! (*Ríe*) ¿Saben en lo que estoy pensando? Qué me dejarán salir de este lugar, de otra forma ya me hubieran matado. ¿Por qué no lo hacen? ¿Por miedo? ¿Ustedes tener miedo a alguien? No lo creo. Y menos a mí. A mí que soy testigo y que como testigo no debo olvidar nada, ni un solo detalle. Lo repetiré todo una y otra vez hasta que se me quede grabado. (*Repite*) Abrí una puerta y me encontré en otra habitación. (*Dudando*) ¿Qué sigue?... (*Busca la libreta, la encuentra, lee a la luz de un cerillo.*) Otra habitación más oscura que la anterior... (*Arroja la libreta*)... tanteando en las paredes, busqué otra puerta, la abrí y una nueva oscuridad, pero más intensa que la anterior me recibió. Recuerdo que en medio de mi caos pensé: “estoy perdido”. Y como si hubiese gastado el resto de mis energías me dejé caer, sin esperanzas: seguramente estaba atrapado en una laberíntica construcción de donde jamás saldría. Así permanecí algunos minutos, jadeando y sudando. Comprendí que mi idea de estar en un laberinto era errónea ya que la secta no me condenaría a una muerte tan confortable. Fui avanzando, pues, por el pasadizo. Con ansiedad, pero con lentitud. Al cabo de unos treinta pasos, el pasadizo desembocaba en una escalera descendente, entubada. Seguramente pasaba a través de los departamentos o casas hacia los sótanos y

INFORME SOBRE CIEGOS

subterráneos de Buenos Aires. Después de los diez metros, la escalera dejaba de estar entubada y pasaba por grandes espacios abiertos pero completamente a oscuras. A medida que iba descendiendo sentía el peculiar rumor del agua que corre y eso me indujo a creer que me acercaba a alguno de los canales subterráneos que en Buenos Aires forman una inmensa y laberíntico red cloacal, de miles y miles de kilómetros. Había que marchar con cuidado sobre el estrecho sendero que hay al borde de estos túneles, pues resbalar ahí puede ser no sólo fatal sino indeciblemente asqueroso. Todo era hediondo y pegajoso. Llegué a la desembocadura de mi canal en otro grande y casi rugiente. Allá, muy arriba, había una pequeña abertura lateral, que calculé tendría casi un metro de largo por unos veinte centímetros de alto. Imposible salir por ahí. Desalentado, tomé, pues, a mi derecha, para seguir el curso del nuevo canal, imaginando que de ese modo, tarde o temprano, tendría que dar en la desembocadura general si es que antes la atmósfera pesada y mefítica no me desmayaba y me precipitaba en la inmunda corriente. Encontré un nuevo pasadizo por el que me interné advirtiendo que poco a poco se iba convirtiendo en una galería semejante a la de una mina carbonífera. Empecé a sentir un frío húmedo. El aire se volvía más y más enrarecido. Noté, así mismo, que el piso no era ya horizontal sino que iba descendiendo. La galería se agrandaba, hasta que de pronto observé que desembocaba en una cavidad que debía ser inmensa, porque mis pasos resonaban como si yo estuviera bajo una bóveda gigantesca. Me detuve. Bajo mis pies sentía que el agua corría en una dirección que yo imaginé conduciría a alguno de esos lagos subterráneos que exploran los espeleólogos. La soledad absoluta, la imposibilidad de distinguir los límites de la caverna en que me hallaba y la extensión de aquellas aguas que se me ocurría inmensa, el vapor o humo que apareció y que me mareaba, todo aquello aumentaba mi ansiedad hasta un límite intolerable. Mi cabeza comenzaba a enturbiarse, y ante la certeza de que tarde o temprano caería sin conocimiento, tuve sin embargo el tino de retroceder hacia un lugar en que el nivel del agua era menos alto, y allí, ya sin fuerzas, me derrumbé. *(Pausa)* Ignoro el tiempo que transcurrió en aquella especie de estupor en el que entré. El silencio fue el que me hizo ponerme de nueva cuenta alerta. Silencio con rumores lejanos. *(Se levanta y señala a las paredes)* ¡Igual que ahora! Seres ocultos que no se atreven a dar la cara. ¡Salgan, háganse presentes! *(Jadea, vuelve al recuerdo)* También escuché enigmáticos y entrecortados rezos; chillidos de aves nocturnas. Mi ansiedad, mi imaginación, un largo y pavoroso aprendizaje sobre la secta, el afinamiento de mis sentidos y mi inteligencia me permitían descubrir voces y estructuras malignas que para un

INFORME SOBRE CIEGOS

hombre corriente habrían pasado inadvertidas. (*Sonríe satisfecho*) Yo estaba preparado por mis lecturas: Ulises hirviendo el ojo del cíclope y Edipo pinchándose los ojos con un alfiler. Jamás pude apartar de mi espíritu la convicción, cada vez más fuerte y fundada, de que los ciegos manejaban al mundo: mediante las pesadillas y las alucinaciones, las pestes y las brujas, los adivinos y los pájaros, las serpientes y, en general, todos los monstruos de las tinieblas y de las cavernas. Así, pues, en aquella caverna, entreveía por fin los suburbios del mundo prohibido, mundo al que, fuera de los ciegos, pocos mortales deben de haber tenido acceso, y cuyo descubrimiento se paga con terribles castigos y cuyo testimonio nunca hasta hoy ha llegado a manos de los hombres que allá arriba siguen viviendo su candoroso sueño; desdeñándolo o encogiéndose de hombros ante los signos que deberían despertarlos: algún sueño, alguna fugaz visión, el relato de algún niño o un loco. (*Pausa*) Sentía, pues, a seres invisibles que se movían en las tinieblas, manadas de grandes reptiles, serpientes amontonadas en el barro como gusanos en el cuerpo podrido de un gigantesco animal muerto; enormes murciélagos, cuyas grandes alas ahora oía batir sordamente y que, en ocasiones, me rozaban con asquerosa levedad el cuerpo y la cara. Durante mucho tiempo permanecí quieto, presintiendo aquella existencia asquerosa y apagada. Decidí caminar hacia la región en que parecía advertir cierta tenue luminosidad. (*Se toma con fuerza la cabeza como si tuviera un fuerte dolor*) ¡No puedo recordar todo. No puedo! (*Se derrumba. Con dificultad puede reanudar su relato*) ¡La luz, sí, la luz! A medida que fui avanzando aquella claridad aumentaba hasta que comprendí que la caverna era en verdad un formidable anfiteatro que se abría sobre una grandiosa planicie iluminada mortecinamente por una luz entre rojiza y violácea. Vi que la luminiscencia provenía de un astro acaso cien veces más grande que nuestro sol pero cuyo desfalleciente brillo indicaba que era uno de esos astros ya cercanos a la muerte. Quedé largo tiempo inmóvil contemplando aquel vasto territorio. Hacia la región que parecía ser el poniente, se recortaban extrañas torres de colosal altura, derruidas por los milenios. Entre ellas se levantaba una estatua tan alta como ellas. En su centro umbilical brillaba un faro fosforescente que habría yo jurado que parpadeaba, si la muerte que reinaba en esa comarca no indicara que era una ilusión de mis sentidos. Tuve la certeza de que con ese personaje encontraría por fin el sentido de mi existencia. El ojo fosforescente parecía llamarme y pensé que me era fatal marchar hacia la gran estatua en cuyo vientre estaba. A medida que avanzaba, veía que nada era viviente, que todo había sido calcinado por la lava o petrificado por las ardientes cenizas de un cataclismo cósmico. Cuanto más cerca estaba de las

INFORME SOBRE CIEGOS

torres, mayor era su majestad y su misterio. Eran veintiuna, dispuestas sobre un polígono. La piedra de la que estaban construidas era negra, quizá basalto, y de este modo se destacaban con solemnidad sobre aquella planicie cenicienta y contra aquel violáceo desgarrado por las deshilachadas nubes de color púrpura. La deidad estaba hecha de piedra ocre. Su cuerpo era de mujer, pero tenía alas y cabeza de vampiro. Sus manos y sus pies terminaban en poderosas garras. La deidad no tenía rostro, pero en el lugar del ombligo refulgía el gigantesco ojo que me había guiado y atraído: ese ojo podía ser una enorme piedra preciosa, tal vez un rubí, pero más bien se me ocurría el reflejo cambiante de un fuego interior y perpetuo. Era una deidad terrible y nocturna, un espectral demonio que debía de tener el poder supremo sobre la vida y la muerte. Me sentí de pronto tan horrendamente solo que grité. (*Grita con gran fuerza, un grito de larga duración. Doloroso. Queda agotado después de lanzarlo. Toma aire*). Mi grito, en aquel silencio mineral y fuera de la historia, resonó y pareció atravesar centurias y generaciones desaparecidas. Busqué la entrada entre las torres y una muralla para llegar a la deidad hasta que di con ella. En la puerta se iniciaba una escalinata de piedra que conducía hacía el ojo. Miles de escalones debería subir. Temí el vértigo y la fatiga, pero el fanatismo y la desesperación me poseían salvajemente y empecé el ascenso. Durante un tiempo que no pude precisar subí los innumerables escalones, y mis pies destrozados y mi corazón oprimido midieron, en cambio, aquel esfuerzo inhumano, en medio del silencio de la planicie calcinada, del paisaje de ídolos y árboles petrificados. Nadie, pero nadie, me ayudaba con sus plegarías. Ni siquiera con su odio. El ojo aumentaba de tamaño a medida que yo escalaba y cuando por fin llegué ante él, el cansancio y el pavor me hicieron caer de rodillas. (*Se escucha una voz muy grave que hace que se derrumbe en el piso presa del temor*).

VOZ.- ¡Ahora entra, éste es tu comienzo y tu fin!

FERNANDO.- (*Después de una larga pausa de miedo*). Mi comienzo y mi fin, eso dijo la voz. Mi comienzo y mi fin. Pero no pude desobedecerlo. Entré. Un fulgor intenso bañaba un largo túnel ascendente, estrechísimo que me fue preciso trepar reptando sobre mi vientre. Aquel fulgor provenía de la boca terminal como de una misteriosa gruta submarina. Poco a poco mi cuerpo se iba convirtiendo en pez, mis extremidades se convertían en repugnantes aletas y mi piel se cubría de duras escamas. El resplandor se hacía más intenso, me atraía y a la vez me aterraba. Mi cuerpo-pez era ahora succionado hacia el extremo alucinante. Perdí el conocimiento. Mi conciencia pareció ser reemplazada por una poderosa, aunque oscura, sensación. La sensación

INFORME SOBRE CIEGOS

de haber entrado por fin en la gran caverna y de haberme hundido en sus aguas cálidas, gelatinosas y fosforescentes. *(Larga pausa en que debe dar la impresión de estarse ahogando)*. Ignoro el tiempo que permanecí sin sentido. Sólo sé que cuando lo recobré tuve la impresión de haber atravesado eras zoológicas y haber descendido hasta los abismos de algún océano profundísimo, arcaico y desconocido. Me di cuenta que estaba en el cuarto de la ciega. ¿Cómo? No lo sé. Pero sí que sentí a aquella mujer que se acercaba a mi cama. Más que sus pasos, que apenas oía, eran mis sentidos exacerbados que me lo anunciaban. Cerrando los ojos como si quisiera evitar el acto que había de producirse, me decía: “ya está a tres pasos de mi cama”, “ya está a dos”, “ya está a mi lado”. Sentí entonces su presencia a los pies de mi cama. Hecho curioso: tenía la sensación de que aquella mujer había llegado hasta mí en virtud de un oscuro pero tenaz llamamiento de mi propio ser. Todavía en este momento no sé como explicarlo, era cierto que yo estaba prisionero de la secta, y que aquella mujer, que ahora estaba a mi lado y con la que yo tendría la más tenebrosa de las cópulas, parecía ser parte o el comienzo del castigo que la secta me tenía destinado; pero también era cierto que era el final de una larga persecución que yo, por mi propia voluntad, había larga, paciente y deliberadamente llevado a cabo a lo largo de muchos años. Una completa sensación me paralizaba y embriagaba a la vez, una mezcla de miedo y ansiedad, de náusea y de sensualidad. Y, cuando por fin pude abrir mis ojos, vi que estaba desnuda ante mí y que su cuerpo parecía irradiar un fluido eléctrico que llegaba hasta mi cuerpo y despertaba mi lujuria. Con pavor, y a la vez con esperanza, vi como aquella serpiente se disponía a acostarse conmigo. Una fosforescencia se desprendía de la punta de sus dedos, de sus cabellos, de sus pestañas, de las vibrantes puntas de sus pechos, anhelosos como brújulas de cálida carne ante la cercanía del poderoso imán que los había atraído a través de territorios oscuros y delirantes. Inmóvil, quieto como un pájaro ante la mirada paralizadora, veía como se acercaba lenta y voluptuosamente. Y cuando por fin sus dedos tocaron mi piel fue como la descarga eléctrica de la gran raya negra que habita en los fondos submarinos. *(Al iniciarse este juego erótico se debe acompañar de música adecuada y sonidos especiales electrónicos de lucha, de violencia. Será una mezcla entre sexo y muerte. Las luces tendrán el mismo juego)* Perdí el sentido de lo cotidiano, el recuerdo preciso de mi existencia real y la conciencia que establece las grandes y decisivas divisiones en que el hombre debe vivir, el cielo y el infierno, el bien y el mal, la carne y el espíritu. Y también el tiempo y la eternidad, por qué, lo ignoro, y nunca lo sabré cuanto duró aquel diabólico ayuntamiento pues en aquel antro no

INFORME SOBRE CIEGOS

había noche ni día y todo fue una única e infernal jornada. No dudo ahora de que aquel ser tenía la facultad de manejar los poderes inferiores que, si es que no crean la realidad, son en cualquier caso capaces de levantar terribles simulacros fuera del tiempo y del espacio, o, dentro de ellos, transformándolos, invirtiéndolos o deformándolos. Asistí a catástrofes y a torturas, mi pasado y mi futuro, mi muerte, sentí que mi tiempo se detenía confiriéndole la visión de la eternidad; tuve edades geológicas y recorrí todas las especies: fui hombre y pez, fui batracio, fui un gran pájaro prehistórico. Creo recordar un turbulento y caliente paisaje de esos que imaginamos en periodos arcaicos de nuestro planeta: entre gigantescos helechos, una luna turbia y radioactiva iluminaba un mar de sangre que lamía playas amarillentas. Y más allá de la playa, se extendían inmensos pantanos en los que flotaban aquellas mismas plantas regias que había visto en mi otro sueño. Como un centauro en celo corrí por aquellas arenas ardientes, hacia una mujer de piel negra y ojos violetas que me esperaba, aullando hacia la luna. Sobre su cuerpo renegrido y sudoroso veo todavía su boca y su sexo, abiertos y sangrientamente rojos. Entré furiosamente en aquel ídolo y entonces tuve la sensación de que era un volcán de carne, cuyas fauces me devoraban y cuyas entrañas llameantes llegaban al centro de la tierra. Todavía sus fauces chorreaban mi sangre cuando esperaba un nuevo ataque. Como un unicornio lúbrico corrí por los arenales ardientes hacia la mujer negra, que me esperaba aullando a la luna. Atravesé lomas y pantanos fétidos, cuervos negros se levantaron chillando a mi paso y entré finalmente en la deidad. Nuevamente sentí que era un volcán de carne que me devoraba, y todavía estaban sus fauces chorreando sangre cuando esperaban, aullando, el nuevo ataque. Entonces fui una serpiente que atravesaba las arenas sibilantes y eléctricas. De nuevo espanté fieras y pájaros, y entré con salvaje furia en su cavidad. Una vez más sentí el volcán de carne, que se hundía hasta el centro de la tierra. Luego fui pez-espada, después pulpo con ocho tentáculos que entraron sucesivamente en la deidad y sucesivamente fueron devorados por el volcán de carne. La deidad volvía a aullar y volvía a esperar mis ataques. Fui entonces vampiro, ansioso de venganza y sangre, me lancé con furia sobre la mujer de piel negra y ojos violetas. Siento el volcán de carne que abre sus fauces para devorarme y siento que sus entrañas llegan al centro de la tierra. *(El texto irá diciéndose con mayor velocidad como si se tratara de un acto sexual)*. Y todavía sus fauces estaban chorreando sangre cuando ya me precipitaba nuevamente sobre ella. Fui entonces sátiro gigante, luego una tarántula enloquecida, después una lujuriosa salamandra. Y siempre fui tragado por el furioso volcán de carne hirviente. Hasta que se desencadenó una espantosa tormenta. *(Cerca del*

INFORME SOBRE CIEGOS

orgasmo). Entre relámpagos, en medio de una lluvia de sangre, la deidad de piel negra y ojos violeta fue prostituta sagrada, caverna y pozo, pitonisa y virgen propiciatoria. El aire electrizado y barrido por el huracán se llena de alaridos. Sobre los arenales calientes, en medio de una tempestad de sangre debí satisfacer su lujuria como mago, como perro hambriento, como minotauro. Y siempre para ser devorado. Luego fui también pájaro de fuego, hombre-serpiente, rata fálica. Y aún más, debí convertirme en nave con mástiles de carne, en campanario lúbrico. Y siempre para ser devorado. *(Se inicia el orgasmo)* La tempestad entonces se hizo inmensa y confusa: bestias y dioses cohabitando con la deidad, junto conmigo. El volcán de carne entonces fue desgarrado a cornadas por minotauros, cavado ávidamente por ratas gigantes, sangrientamente devorado por dragones. Sacudido por rayos temblaba todo aquel territorio arcaico, encendido por los relámpagos, barridos por el huracán de sangre. Hasta que la funesta luna radiactiva estalló como un fuego de artificio *(Orgasmo)*: Pedazos, como chispas cósmicas, se precipitaron a través del espacio negro incendiando bosques; un gran incendio se desató, y propagándose con furia inició la destrucción total y la muerte. Entre oscuros clamores, sangrantes jirones de carne crepitaban o eran arrojados a las alturas. Territorios enteros se abrieron, o se convirtieron en cangrejales, en que se hundieron o eran devorados vivos hombres y bestias. Seres mutilados corrían entre las ruinas. Manos sueltas, ojos que rodaban y saltaban como pelotas, cabezas sin ojos, que buscaban a tientas, piernas que corrían separadas de sus troncos; intestinos que se enredaban como lianas de carne e inmundicia, úteros gimientes, fetos abandonados y pisoteados por la muchedumbre de monstruos y bazofia. El universo entero se derrumbó sobre mí. *(Cesan abruptamente la música y los sonidos. Se hace un silencio total. Él está desconcertado sin entender)* Nada puedo saber ahora sobre el tiempo que duró aquella jornada. Al despertar sentí que abismos infranqueables me separaban para siempre de aquél universo nocturno, abismos de espacio y tiempo. Enceguecido y sordo, como un hombre emerge de las profundidades del mar, fui surgiendo nuevamente a la realidad de todos los días. Realidad que me pregunto si es la verdadera. *(Camina. Toca las paredes)* Sé que mi tiempo es limitado y que la muerte me espera. Y cosa singular, y para mí mismo incomprensible, que esa muerte me espera en cierto modo por mi propia voluntad, porque nadie me trajo hasta aquí. *(Toca la pared)* Yo soy quién decidió venir a este lugar donde tendrá que cumplirse el vaticinio. Sé que no puedo escapar a mi propia fatalidad. *(A las paredes)* ¿Me han escuchado? Esto es todo lo que escribí en mi informe que guardo en un lugar donde ustedes no podrán encontrarlo. Son las doce

INFORME SOBRE CIEGOS

de la noche. (*Se tira al piso, empieza a arrastrarse hacia el fondo de la cueva o del tubo*). Voy hacia allá. (*Se arrastra lentamente*) Sé que ella estará esperándome. (*Luz cenital sobre Fernando que se arrastra lentamente pero con decisión. Se va haciendo oscuro total*)

FIN

INFORME SOBRE CIEGOS

RESUMEN.- Un hombre persigue a un ciego, al que cree capaz de destruir todo, por laberintos, cuevas, pantanos. El ciego es parte de un complot contra la humanidad. Se desliza por túneles, por porquerías. No logra destruirlo. Se queda en espera del encuentro. Una metáfora de la realidad del mundo.

PERSONAJES: UN ADULTO

MONÓLOGO